

**ARTURO  
FRANCO**

*En México, el abstencionismo ha sido un problema creciente y persistente, ¿cambiarán las elecciones en Coahuila y Estado de México esta tendencia?*

## Despertando al elefante

Como si fuera un ensayo general: con actores y actrices en el escenario, con luces, música y vestuario, pero sin llenar todas las butacas del teatro, así, las elecciones de Coahuila y del Estado de México revelan mucho de lo que puede suceder en el 2024.

Son una prueba piloto de estrategias y narrativas. Son el prototipo de lo que bien pudiera ser en la práctica nuestra primera “segunda vuelta” electoral: una decisión sólo entre dos candidaturas. Son la cata más reciente del nivel de arrastre o desgaste de las pírricas opciones políticas que tenemos los mexicanos en el sistema de partidos.

Pero el fenómeno que vale más la pena observar en estos dos experimentos locales, es el comportamiento de lo que el matemático Carlos Hernández Torres ha llamado “el partido mayoritario” de México: el abstencionismo.

“En la elección de 2018, 32 de los 89 millones de mexicanos que podían votar no lo hicieron, y en 2021, la cifra se elevó a 44 millones”, escribió Hernández, director de la organización México Big Data, en un reporte. “En ambos procesos, la abstención superó a todos los partidos y alianzas en casi 9 de cada 10 casillas”.

En México, el abstencionismo ha sido un problema creciente y persistente tanto en las elecciones presidenciales, como en las intermedias y en las locales. Desde 1994, cuando 77% de los votantes salieron a las urnas, el ausentismo ha crecido de manera estrepitosa.

Esto es también un fenómeno global. Investigadores de la Universidad de Essex, estudiando a 116 países desde mediados del siglo anterior, han encontrado que la tasa promedio de votantes en elecciones nacionales ha caído más de 20 por ciento desde 1960. Contrario a lo que predice la teoría política, mayores niveles de afluencia y de educación –ambos presentes en muchos de estos países– no han resultado en una mayor participación electoral.

En México, los no-votantes son mayoritariamente jóvenes y pertenecientes a la clase media alta. En el caso de Coahuila, por ejemplo, los electores entre 25 y 34 años representaban el doble que los de 65 a 74 años en

la lista nominal de los comicios del 2021; sin embargo, la tasa de abstencionismo de los primeros fue cercana al 60%, contra 30% de los adultos mayores.

En el Estado de México, mientras la tasa general de abstención fue 46% en la elección legislativa del 2021, 6 de cada 10 jóvenes fallaron en su cita con la democracia. Y más de la mitad de los abstencionistas en esa elección formaba parte de hogares con alto nivel de acumulación de bienes, según datos del INEGI.

El artículo 35 de nuestra Constitución establece el derecho a votar y ser votado. Pero muchos olvidamos que el siguiente artículo, el 36, establece la obligación de votar en elecciones y consultas populares. Y por ello suena curioso decir que la principal fuerza electoral en México es la de aquellos que no participan. La pregunta esencial es si podemos hablar de una democracia verdaderamente representativa cuando más de 4 de cada 5 ciudadanos no votaron por el partido que resultó vencedor.

¿Cómo se revierte el ausentismo en las urnas? En Australia, en donde vota 95% de la población, participar es obligatorio para todos los adultos y aquellos que no votan son multados. En Corea del Sur, la votación en línea y en días previos a las elecciones aumentaron la participación. Y en Chile, después de un experimento de más de una década con el sufragio voluntario, el parlamento promulgó nuevamente el sufragio obligatorio el año pasado.

Despertar al “elefante” del abstencionismo en México es una tarea difícil pero clave para nuestro futuro. Como estrategia política, incentivar a los abstencionistas puede ser la inversión más fructífera, sobre todo para los partidos de oposición. También es una oportunidad para mejorar la calidad de nuestra oferta política.

Este próximo junio sabremos si la elección en Coahuila o el Estado de México supo motivar a los electores abstencionistas. Revertir esta tendencia podría ser el inicio de un nuevo capítulo en la vida democrática de nuestro país.

*El autor es un economista, escritor y emprendedor social lagunero. Actualmente es vicepresidente senior del Centro para el Crecimiento Incluyente.*